

A propósito
de los 500 años:

**LA FORMACION
DEL MESTIZAJE
LATINOAMERICANO
SEGUN LOS PRIMEROS
CRONISTAS**



ÁREA HISTÓRICA

AGUSTIN
MORENO
PROAÑO

Para cualquier analista imparcial de la Historia de Europa resulta claro que la población que la habitaba, a fines del siglo quince y principios del dieciséis, era el fruto de un milenario y constante mestizaje, que correspondía a ese flujo y reflujo de lo que un insigne historiador francés llamó "la caravana humana". En España, mejor dicho en la península ibérica, esta verdad es más irrefutable. Como muy bien lo ha notado Angel Ganivet, es allí donde han ido a desembocar y, a veces, a apaciguarse, todos los pueblos euroasiáticos, ya que Iberia fue considerada por siglos como el auténtico "finisterre", punto final de la tierra. ¿Hace falta recordar, por ejemplo, que Andalucía se llamó previamente Vandalucía, porque allí extinguieron las fogosas invasiones de los vándalos y allí se quedaron para fraguar un pueblo alegre, despreocupado y de altísimos quillates estéticos? El panorama antropológico de España y Portugal es tan variado que va desde los tipos rubios y platinados, de ojos azules de Asturias, de evidentes ascendencias góticas, hasta los ensortijados y morenos malagueños y murcianos, que son como réplicas de sus antepasados moriscos, mozárabes, marroquíes, etc., sin decir nada de los caudalosos aportes judíos y musulmanes al mestizaje hispano-portugués que hicieron de la población de la península, en la época de la que estamos hablando, una gama o un muestrario perfectísimo de todos los posibles mestizajes humanos.

Mestizos fueron, pues, y sin ninguna preocupación peyorativa, quienes conquistaron América, en donde también se había producido, durante milenios, una mezcla somática y psicológica interesantísima que aún está por estudiarse y de la que apenas se vislumbran los orígenes y los caminos. Sin embargo, dentro de la criteriología histórica europeizante, el nombre y la realidad del mestizaje como que vino a cambiar de facetas al enfocar la formación demográfica de nuestro continente con los aportes equilibrados de la sangre indígena y de la sangre europea. "Concluida la exploración del territorio americano, dice el sabio profesor Nicolás Sánchez Albornoz de la New York University, los españoles comenzaron a poblarlo.

Cruzaron el mar hombres jóvenes, solteros en su mayor parte, en busca de aventuras y riquezas. El Consejo de Indias intervino regulando la migración; prohibió la entrada de infieles moriscos, judíos y, luego, protestantes- así como a gitanos y extranjeros. La prohibición no fue efectiva del todo, pero limitó la presencia en Indias de esos grupos; las licencias requeridas, cuyas copias se conservan en el Archivo de Indias, han servido para medir parte del caudal migratorio, y el prolijo registro de los barcos que cruzaron el océano ha proporcionado, por su lado, la capacidad existente para el pasaje legal o ilegal".

" Si 45.000 son los nombres de los españoles que se conoce fidedignamente que residieron en América en el siglo XVI, se ha estimado, habida cuenta de las omisiones, en 200.000 los que debieron emigrar en el mismo tiempo. Dos mil, anuales, unos años más, otros menos, no son tantos en definitiva frente a los millones de indígenas entre quienes les tocaba actuar y vivir. Su procedencia está clara; tal como cabía esperar, el contingente mayor, -más de un tercio- provenía de Andalucía, de cuyo puerto principal partían las flotas, y algo menos de las tierras próximas de la meseta meridional: Extremadura y Castilla la Nueva. Los demás acudieron de las restantes regiones, entre las que sobresalieron León y Castilla la Vieja, así como la costa cantábrica".

"En 1574 el cosmógrafo Juan López de Velasco dió a conocer su descripción de las Indias. Redondeadas y ajustadas las cifras que da, debió de haber allí entonces unos 150.000 españoles, cantidad que incluye ya a los nacidos en el Nuevo Mundo. Sesgada la migración por sexo y por edad, mal no hubiera reproducido de no contar con las mujeres indígenas. Las españolas fueron en un principio pocas, y los incentivos o presiones de la Corona para que emigraran mujeres o se reunieran familias tuvieron limitado éxito. De la consiguiente unión, eventual o duradera, de los colonizadores con las mujeres nativas nació un extracto que, según cual de los protagonistas cuidara del vástago, pasó por español o por indio, o, las más de las veces, por mestizo. De los contados por López de Velasco, muchos españoles llevaban sangre de ultramar solo en parte".

El mismo profesor Sánchez Albornoz nos recuerda otro fenómeno que no debemos olvidar: el catastrófico descenso de la evolución demográfica indígena, debido a las guerras de conquista, a las enfermedades que trajeron los europeos que causaron espantosas y mortíferas epidemias, lo que trajo como consecuencia

que las mujeres indígenas también se redujeron en número y capacidad de procrear. "La velocidad y las proporciones con que los indios desaparecieron en cada lugar son discutibles, y, de hecho, se corrigen continuamente a medida que la investigación descubre más documentación y perfecciona sus análisis. No obstante, la impresión que con toda certeza se desprende de las pruebas disponibles es la de una singular catástrofe en intensidad y duración. La historia no registra, por lo que se sabe, otro ejemplo de una masa humana de las dimensiones de la precolombina que se haya desplomado de manera semejante a como lo hizo esta. Es también de esperar - concluye Sánchez Albornoz que el caso americano no se repita".

Sobre la fascinación que ejercieron esas mujeres indígenas, esas mujeres nativas en los descubridores y conquistadores de América, con la lógica consecuencia de esas uniones eventuales o duraderas, hay abundantísimo testimonio documental en los Cronistas de la primera hora, empezando por el propio Cristóbal Colón, que en su diario de viaje se cuidó bien de anotar el impacto que las mujeres indias causó en los cansados navegantes. El tema da como para un libro; pero permítidme espiar uno que otro dato desconocido para dar amenidad a este Congreso, donde tan ilustres participantes nos han dado sus maduras enseñanzas.

Es cosa hoy admitida por todos los especialistas en la vida y hazañas de Don Cristóbal Colón que su tenacidad en la empresa del Descubrimiento se debía a que él recibió informes de primera mano de algún navegante, posiblemente portugués, que había logrado volver de un viaje anterior, que hoy se lo fija hacia 1476, en el que, al azar, un grupo de marineros llegó a la Isla de Santo Domingo o Isla española como se la llamó después y que parece recorrió hasta la costa norte de la actual Venezuela.

Cuando Colón y sus compañeros, en su primer viaje, justo el 13 de diciembre de 1492, desembarcaron en esas costas de la Española se encontraron con dos indias blancas en un poblado indígena de más de mil casas, la sorpresa de los expedicionarios fue fenomenal. Por añadidura, observaron que, en aquella población, tanto los hombres como las mujeres eran "más blancos" que todos los que anteriormente habían visto en Cuba y en las restantes islas descubiertas. Tres días se estuvieron en esas costas y el Almirante Colón vió muchos indios, hombres y mujeres "harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España", dice textualmente y con evidente emoción el Diario del Descubridor. "Podemos muy bien suponer -dice el más sabio de los historiadores colombianos, el Dr. Juan Manzano

y Manzano, que los predescubridores habían dejado allí esta huella indeleble de su paso". Comentando estos pasajes del Diario de Colón, el ilustre Doctor Don Gregorio Marañón dice lo siguiente: "Qué pensarían de aquellas mujeres desnudas, "como su madre las pariera" (frase textual de Colón) los hombres rudos y rijosos hechos a la continencia del páramo? ¿Qué parte tuvo esta visión de Venus, surgiendo desnuda del más allá, en contraste con la visión ascética de la mujer peninsular? El amor latía allí, con la codicia, con el ansia de ver y de mandar. Es inútil que no se hable de él. América fue para el extremeño, para el castellano de los inviernos crudos, de la tierra tosca, del duro lecho, de la mujer envuelta en refajos, el paraíso templado, el país de la cosecha sin sudor y sin mirar angustiosamente, día por día, el cielo. Y también el paraíso de la Eva ingenua y propicia. "Hasta aquí Marañón. Y Manzano y Manzano añade: "Fácil es colegir la impresión que produciría a los protonautas de la carabela derrotada por los vientos y las corrientes, la llegada" al paraíso terrenal de las Antillas", lleno de Evas en trenzas y en cabello, y, al contrario de lo que escribió Cervantes, sin cubrir lo que la honestidad quería y quiso siempre guardar oculto. En efecto, al valle donde los nueve españoles encontraron las dos indias blancas, lo denominó Colón, días después, "Valle del Paraíso". Ante los muy lindos cuerpos de las mujeres" haitianas -palabras son éstas del Almirante- no es difícil, adivinar la reacción de aquellos toscos marineros hechos a la continencia del páramo- frase de Marañón - máxime cuando eran "ellas las primeras que venían antes que los hombres- a dar las gracias al cielo y traer cuanto tenían" según dice Colón en su Diario. Y añade: "en los otros lugares (islas de los Lucayos, Cuba) todos los hombres hacían esconder sus mujeres de los cristianos por celos, mas allí no". Con tamañas facilidades, ¿tendrían mucha prisa los de la carabela por regresar a sus humildes hogares, donde, con seguridad, a la mayoría de ellos les esperaba una vida llena de privaciones económicas y frenos morales y religiosos? Máxime cuando las encantadoras Evas eran, al parecer, las primeras interesadas en asegurarse la compañía de estos hombres extraordinarios, bajados del mismísimo cielo. Y por otra parte, sus padres, maridos y hermanos, no veían con malos ojos, este deseo de sus mujeres, termina el comentario de Manzano y Manzano.

Así empezó el mestizaje indoeuropeo en nuestra América, y es obvio que conforme se fue ampliando el descubrimiento y la conquista también se fue ampliando el relajamiento de los frenos morales y sociales ante el ímpetu de urgencias vitales más poderosas, que, por supuesto, en nada se diferenciaban de las que estuvieron en el origen de otros grandes imperios, como el rapto de

las sabinas, y aun lo que la misma Biblia nos cuenta de una de las doce tribus de Israel.

La Relación Sámano-Jerez, que cuenta, en síntesis, los viajes del descubrimiento de lo que luego se llamó el Perú, es un documento de excepcional importancia para la Historia del Ecuador. Escrito parte en Atacames y parte en Panamá por Francisco de Jerez debiera ser considerado como la piedra angular de la nacionalidad ecuatoriana y debiera ser conocido obligatoriamente por todos los ecuatorianos para alimentar con sano orgullo las raíces sobre las que se ha ido elevando el árbol de la Patria con sus variados frutos. El documento data de 1527. Allí se puede ver la impresión que tuvieron los españoles en el primer contacto con lo nuestro, con nuestra geografía y con nuestros indígenas. Pizarro, Almagro y sus compañeros de aventura eran ya veteranos en descubrimientos y conquistas. Tenían ya sus hijos e hijas en indias de Panamá y Nicaragua. Pero el deslumbramiento que les produjo la gente y las riquezas de las costas del actual Ecuador vibra en el documento. "Es gente en aquella tierra -dice Francisco de Jerez- de más calidad y manera que indios, porque ellos son de mejor gesto y color, y muy entendidos, y tiene una habla como arávigó". "Allí se hacen las mantas que arriba digo de lana y de algodón (que, entre paréntesis sea dicho, les parecieron superiores a los más refinados tejidos de Europa), y las labores y las cuentas y piezas de plata y oro. Y es gente de mucha polecia. Según lo que parece tienen muchas herramientas de cobre e otros metales con la que labran sus heredades y sacan oro y hacen todas maneras de granjería (comercio).

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Tienen los pueblos muy bien trazados de sus calles. Tienen muchos géneros de fortalezas y tienen mucha orden y justicia entre sí. Las mujeres son muy blancas y bien ataviadas y todas por la mayor parte labranderas".

El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo que obtuvo informaciones de primera mano de casi todos los participantes en el Descubrimiento del Perú habla con entusiasmo de las "muy hermosas y galanas indias" que encontraron en las costas del actual Ecuador, de las cuales dice que eran muy amorosas" y llega a dar detalles tan minuciosos de su comportamiento íntimo con los españoles -según me han confirmado los que pasaron por esta experiencia- dice- que yo no lo he experimentado- que no me atrevo a darlos con sus palabras ante tan selecto auditorio, pero que los investigadores pueden leerlos en el Libro Décimo de la Segunda Parte del Tomo Séptimo de su monumental Historia General y Natural de

las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano. Como consecuencia de estos contactos, ya en 1528, tres años antes del viaje de la conquista, habrán nacido muchos mestizos, con una innegable inclinación a aprender el idioma castellano, en su oportunidad.

Pedro Cieza de León, que es el más serio y honesto de los Cronistas, refiriéndose a esta etapa del descubrimiento del Perú (en nuestro caso, del Ecuador), dice textualmente: "Los naturales de la tierra sabían muy bien lo que pasaba y como por la mar iban los navíos, y por la tierra venían andando hombres blancos, barbudos y que traían los caballos que corrían como viento. Preguntábanse unos a otros qué pretendían o qué buscaban, por qué causa les robaban el oro que hallaban y les cautivaban sus mujeres, y a ellos hacían lo mismo: cobráronles gran desamor y entre ellos hicieron liga de los matar. "Esto de cautivarles sus mujeres, no era sólo para que les preparasen la comida, sino para algo mucho más vital, como es fácil de entender.

En el donosísimo relato del primer encuentro de Pizarro con sus españoles y los indios de Tumbez en agosto de 1527 cuenta Cieza de León la entrevista que tuvo en su nao con un orejón principal, cómo los indios de Tumbez enviaron de regalo a Pizarro abundante chicha, pescado y un cordero que las vírgenes del templo (del sol) dieron aderezado. El orejón que era el gobernador de Tumbez en nombre de Guainacápac, que por entonces se encontraba en Quito fué, a su vez agasajado por Pizarro. "Mandó el capitán que le diesen de comer y beber de nuestro vino: y miró mucho aquel breva, pareciéndole mejor y más sabroso que el suyo; y cuando se fue le dió el capitán una hacha de hierro con que extrañamente se holgó teniéndola en más que si le dieran cien veces más oro que ella pesaba; y dióle más unas cuentas de margaritas y tres calcedonias; y para el cacique principal le dió una puerca y un berraco e cuatro gallinas y un gallo. Con esto se partió el orejón; e ya que se iba, rogó al capitán le diese, para que fuesen con él, dos o tres cristianos, porque se holgarían de los ver. El capitán mandó a Alonso de Molina y a un negro (que se llamaba Andrés de Bocanegra) que fuesen".

"Cuando el cacique vió el presente, -continúa el delicioso relato de Cienza- túvolo en más de lo que yo puedo encarecer, llegando todos a ver la puerca y el becerro y las gallinas, holgándose de oír cantar el berraco gallo. Pero todo era nada para el espanto que hacían con el negro: como lo veían negro, mirábanle y remirábanle, haciéndole lavar para ver si su negrura era color o confación puesta; mas él, echando sus dientes blancos de fuera, se reía, y allegaban unos a verlo y luego otros, tanto que aun no le daban lugar de lo

dejar comer. Al español mirábanlo como tenía barbas y era blanco; preguntábanle muchas cosas, más no entendía ninguna: los niños, los viejos y las mujeres todos con grande alegría los miraban.... Vio Alonso de Molina muchos edificios y cosas que ver en Tumbez; fue bien servido de comida él y el negro, el cual andaba de uno en otros que lo querían mirar como cosa tan nueva y por ellos no vista. Vio Alonso de Molina la fortaleza de Tumbez y acequias de agua y muchas sementeras y frutas y algunas ovejas (las llamas). Venían a hablar con él muchas indias muy hermosas y galanas, vestidas a su modo; todas le daban frutas y de lo que tenían, para que llevasen al navío y preguntábanles por señas que a dónde iban y de dónde venían. El respondía de la misma manera. Y entre aquellas indias que le hablaron estaba una muy hermosa, y díjole que se quedase con ellos y que le darian por mujer una de ellas la cual quisiese. Alonso de Molina demandó licencia al cacique señor de aquella tierra y se la dió, enviando con él al capitán mucho bastimento. Y como llegó al navío iba tan espantado de lo que había visto, que no contaba nada. Dijo que las casas eran de piedra, y que antes que hablase con el señor pasó por tres puertas donde habian porteros que las guardaban y que se servía con vasos de plata y de oro. Y que la fortaleza tenía seis o siete cercas y que había dentro mucha riqueza. Pizarro, como entendió estas cosas, túvolas por tan grandes que por entero no las creía. Y para salir de sus dudas envió a Pedro de Candía, el arcabusero, para que se informase más detenidamente.

Dejando aparte encantadores detalles, a nuestro caso viene lo siguiente que Cieza parece deleitarse en contar. "Las mamaconas, que son las vírgenes sagradas le quisieron ver y enviaron al señor a rogar que lo llevase allí. Fue hecho; holgaron el extremo con ver a Candía: entendían en la labor de lana de que hacían fina ropa y en el servicio del templo; las más eran hermosas y todas muy amorosas". ¿Cómo supieron Alonso de Molina, el negro Andrés de Bocanegra y Pedro de Candía que las vírgenes del sol eran "muy amorosas"? Quede a vuestra discreta consideración.

Termina el ponderado Cieza diciendo que como Candía se vió ya en la nave, contó al capitán tantas cosas que no era nada lo que había dicho Alonso de Molina, porque dijo que vió cántaros de plata y estar labrando a muchos pleteros y que por algunas paredes del templo había planchas de oro y plata y que las mujeres que llamaban del Sol eran muy hermosas. Locos estaban de placer los españoles de oír tantas cosas; esperaban en Dios de gozar su parte dello". Concluye sentenciosamente.

Otro episodio digno de una novela cuenta Pedro Cieza de León en este viaje del descubrimiento del Perú, y que ocurrió hacia el mes

de octubre de 1527, cuando ya los expedicionarios se volvían a Panamá con la definitiva resolución de volver a la conquista de tierras y gentes tan fabulosas. En la historia de Pedro Halcón y de una señora cacica principal, que estaba en una tierra de la costa, pasando Punta Aguja para el Sur, a quien -dice Cieza- los indios llamaban la Capullana. Es el caso que ella "como oyese decir lo que de Pizarro y sus compañeros se contaba, le había dado gran deseo de los ver: por tanto que le rogaba saltarse en tierra y que serían bien proveídos de lo que oviesen menester. Pizarro se excusó de la invitación mientras iba de ida, pero prometió a la cacica hacerle el placer de saltar a tierra cuando volviese. Y así ocurrió. Pero Pizarro cautelosamente envió primero una delegación de cuatro españoles, que fueron Nicolás de Ribera (de quien se supo Cieza de León el relato auténtico de toda esta aventura), Francisco de Cuéllar, Pedro Halcón y el mismo Alonso de Molina que había quedado ya con los indios y cuyo entusiasmo subía de punto. Halcón llevaba puesto un escofión de oro con gorra y medalla y vestido un jubón de terciopelo y calzas negras; llevaba con esto ceñida su espada y puñal, de manera que tenía más manera de soldado de Italia que de descubridor de manglares, comenta con cierta sorna Cieza. Fueron derechos donde estaba la cacica, la cual les hizo, a su costumbre, gran recibimiento con mucho ofrecimiento, mostrando ella y sus indios gran regocijo. Luego les dieron de comer, y, por los honrar, se levantó ella misma e les dio a beber con un vaso, diciendo que así se acostumbraba en aquella tierra tratar a los huéspedes. Halcón, el del jubón y la medalla, parecióle bien la cacica y echóle los ojos, porque, sin la avaricia, que acá nos tiene, es mucha parte la lujuria para que haya sido muchos tan malos. Halcón, mientras más la miraba, más perdido estaba de sus amores. Anota Cieza que en una visita que hiciera la Capullana al navío de Pizarro, en reciprocidad a la visita de sus emisarios, Pedro Halcón no apartaba los ojos de ella, antes andaba dando suspiros y gemidos. Tras variados incidentes que duraron algunos días y ya en trance de regreso hacia el norte, "Halcón, conmovido que se apartaba de la cacica, fue a rogar a Pizarro que lo dejasen en aquella tierra entre aquellos indios; Pizarro no quiso, porque era de poco juicio y no los alterase, lo cual sintió tanto Halcón, que luego perdió el ceso y se tornó loco". Así terminó trágicamente este intento de mestizaje. Alonso de Molina, en cambio, y un marinero de nombre Ginés (que parece ser el propio Andrés de Bocanegra) con anuencia de Pizarro se quedaron en Tumbes "para aprender la lengua y los secretos de la tierra". De estos cristianos dicen unos que se juntaron a cabo de algunos días y que llevando a Quito al Rey Guaynacápac los dos de ellos, supieron que era muerto y los mataron a ellos. Otros dicen que fueron viciosos en mujeres y que los aborrecieron tanto que los mataron". Cieza añade algunas

informaciones que recibió sobre la venida de los españoles a la Isla de la Puná, que coinciden con lo que otro Cronista, que fué protagonista de los hechos, Diego de Trujillo cuenta en su preciosa Relación del descubrimiento del Perú. Dice así: Pero adviértase que lo que Trujillo dice se refiere, no a los viajes del Descubrimiento, que ocurrieron entre 1525 y 1527, sino ya al viaje definitivo de la Conquista, que empezó en diciembre de 1530, y a la fecha del relato que vamos a copiar, estaban ya a finales de marzo de 1532: "Venimos al pago de Guaynacaba, y decíase así porque por allí entró Guaynacaba cuando conquistó la isla de la Puná, y allí salió el señor de la isla, que se decía Tumbala, con mucha gente y balsas, y nos recibió con grandes fiestas y regocijo..... Desembarcamos en un pueblo que se dice el Tucu, y el estrecho tenía legua y media de travesía, y de ahí atravesamos la isla a un pueblo que se dice el Estero, y en aquel pueblo hallamos una cruz alta y un crucifijo pintado en una puerta y una campanilla colgada. Túvose por milagro. Y luego salieron de la casa más de treinta muchachos y muchachas, diciendo: "Loado sea Jesucristo, Molina, Molina". Y esto fue que, cuando el primer descubrimiento, se le quedaron al Gobernador (Pizarro) dos españoles en el puerto de Paíta, el uno que se llamaba Molina y el otro Ginés, a quien mataron los indios en un pueblo que se decía Cinto, porque miró a la mujer de un cacique; y el vino a la Isla de la Puná al cual tenían los indios por su capitán, contra los chonos y los de Tumbes, y, un mes antes que nosotros llegásemos, (sería por febrero de 1532) le habían muerto los chonos en la mar pescando. Sintieranlo mucho los de la Puná su muerte". Y estos indios de la Puná tenían tomados a los indios de Tumbes tres idolos de oro del tamaño cada uno como un muchacho de tres años..."

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Con los elementos de estos relatos de Cronistas, uno de ellos testigo ocular, Diego de Trujillo, tenemos amplísima materia para nuestro tema del mestizaje. Pero antes recordemos que el mismo Trujillo es el que nos precisa un dato trascendental. "Luego vino (a la isla de la Puná -hacia el mes de mayo de 1532, añado yo-) Hernando de Soto de Nicaragua con dos navíos y trajo mucha gente, caballos y bastimentos.... Con Hernando de Soto vino la primera mujer que vino a este Reino, que se llamaba Juana Hernández". Lo que -no dice Trujillo, pero lo confirman abrumadoramente los documentos de la Harkness Collection que reposan en la Biblioteca del Congreso de Washington, D.C., en la División de Manuscritos, es que de Nicaragua vinieron (más bien dicho, trajeron) los españoles muchísimas indias con las que convivían, y seguramente con sus hijos mestizos. De paso recordaré que Hernando de Soto tuvo en Curí Coyllor, llamada luego Doña Leonor Coya, una hija mestiza que

fue doña Leonor de Soto. Debió ser engendrada antes de 1534, porque en 1535 se volvió del Perú a España, fabulosamente rico, como dice Raúl Porras Barrenechea, de quien tomamos algunos de estos datos. El mismo es el siguiente: En 1537, había en Lima 380 hombres españoles y tan sólo 14 mujeres españolas. En otras ciudades ya fundadas no había ni una. ¿Con quién formaron sus familias los conquistadores?. Pues, con las mujeres indígenas.

Dejando para otra oportunidad el comentario sobre los datos concretos que sobre el primitivo mestizaje nos traen los ahora abundantísimos documentos publicados, como la ya mencionada Colección Harkness, la de documentos inéditos para la Historia de Costa Rica, la de Vega Bolaños para la Historia de Nicaragua, la de Juan Friede para la Historia de Colombia, los trabajos de Porras Barrenechea para la Historia del Perú, la gigantesca obra documental de Toribio Medina para Chile, todos los cuales son indispensables para entender el pasado del Ecuador, terminaré, en gracia a la brevedad y para no fatigar vuestra benévola atención, con el relato que el delicioso Cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara hace de lo que ocurrió el fatídico día viernes 15 de noviembre de 1532 cuando se derrumbó el Imperio del Tahuantinsuyo en la plaza de Cajamarca y su último emperador Atahualpa fue capturado por el minúsculo grupo de expedicionarios españoles capitaneados por Francisco Pizarro. Dice así: "Avida esta victoria tan buena y señalada, y preso el Ynga, los cristianos dieron muchas y grandes alabanzas a Dios Nuestro Señor por tanto bien como les había hecho, cantando el cántico de Te Deum laudamus andando la procesión a la redonda de la plaza, y de allí se fueron a descansar y a comer, que aquel día no habían comido bocado. El vencimiento de Atahualpa Ynga sucedió año de 1532; no murió ni fue herido ningún español, salvo el Marqués (Francisco Pizarro) que fue herido en la mano derecha cuando derribó al Ynga de la litera en que venía, como ya queda dicho; y agora contaremos lo deás que sucedio después que se alcansó tan gradiosa victoria..... Los Cristianos... que tuvieron entendido que ninguno de ellos quedara vivo, sino que todos quedaran allí muertos, por la gran multitud de indios, que para un español había más de doscientos indios; mas, en fin, plugo a la divina bondad que todos fueron vencidos. Hecho esto fueron muchos en alcance de los indios que se iban huyendo, y mataron muchos de ellos, y después se volvieron con muchos prisioneros, que los traían a manadas como ovejas mansas, sin ningunas armas, que luego las dejaron caer en el suelo. Otros fueron a los baños (del Ynga) en donde se hizo el más rico y bravo saco que en Indias se ha hecho, en el gran tesoro que el Ynga tenía, en que hallaron muchas y grandes riquezas en oro y plata, que valió más de cien mil ducados de Castilla, y en plumas mantas de gran valor, todo lo cual el Marqués

(Pizarro) lo mandó guardar para repartirlo después entre todos. Asimismo prendieron más de cinco mil indias que había de servicio, principalmente las mujeres y concubinas que el Ynga tenía y los demás Yngas de su real corte, todas las cuales eran muy hermosas y bien dispuestas, que eran hijas de grandes señores y curacas de diversos pueblos. Fray Vicente de Valverde, como Vicario General, hizo luego apregonar, por voluntad del Marqués, que ningún cristiano de cualquier calidad, estado y condición que fuese, tuviese amistad deshonesta con ninguna india, por cuanto no estaban bautizadas, que se procedería contra él, lo contrario haciendo". Hasta aquí el Cronista Gutiérrez de Santa Clara. Pensar que el pregón de Francisco Pizarro tuvo fiel cumplimiento, sería desconocer completamente, no sólo la condición humana, sino la inveterada costumbre de los españoles en América, aún para con las más trascendentales reales Cédulas de Su Majestad, a las cuales las recibían, las besaban, las ponían sobre la cabeza, y luego, con todo desenfado decían que "en cuanto a su cumplimiento no ha lugar".

Conclusión

"Entre los caballeros llegados a Lima a principios de 1579, - dice Angel Valtierra- se destacaba Don Juan de Porres, hijodalgo de ilustre familia, sangre limpia, blazones antiguos, hábito de Alcántara, despierto y listo para los negocios de gobierno, apuesto en su porte y buen cristiano. El señor don Juan venía de España a América, nombrado Gobernador de Panamá. Su estancia en Lima fue corta y de trámite ante el Virrey. Durante el tiempo que permaneció en la ciudad de los Reyes tropezó con una joven agraciada, mulata de color, venida a Lima desde Panamá y que se llamaba Ana Velásquez. Tenía ella su casita en las afueras de Lima. El hidalgo don Juan de Porres frecuentaba aquella casita, apasionado por los encantos de la mulata. Dos hijos nacieron de aquellos amores clandestinos: Martín y Juana. La madre, ayudada del caballero, los crió lo mejor que pudo, educándolos cristianamente. Don Juan de Porres venía alguna que otra vez de Panamá a Lima y nunca dejaba de visitar a Ana Velásquez y a sus propios hijos. Ya adolescentes los tomó consigo llevándolos a Guayaquil. La mulata Ana Velásquez quedó bien acomodada en casa de una familia española en Lima. Luego, dos años después, por los azares de la administración, Martín volvió a Lima y Juana se quedó en Guayaquil". ¿De quienes se trata? Lo habéis adivinado. El más ilustre mestizo con que Dios regalara al continente Americano, y acaso al mundo: San Martín de Porres. Así fueron los frutos del mestizaje y plega a Dios que los sigan siendo en la Santidad, en las Artes, en las Letras, en la Política, en las Ciencias; en fin, en la plenitud total humana.